

cruel como aquellos tenientes, capitanes que inconscientes —se nos resiste creer en una fatal iniquidad humana— se tornan capataces y verdugos de sus propios hermanos, aun en este caso, quiero decir, resurge la esperanza: “Eramos fuertes, dice, luminosos; por un momento nuestra noche se veía constelada. Nada importaba si luego cada una de las lucecitas se extinguía. ¡Eramos fuertes... brillábamos.” Y siempre, a cada paso se alza una protesta contra el dolor inenarrable, eterno; se ve ya cómo el germen de una revolución.... No; no es éste el pesimismo sistemático, eterno de Zola, cuya alma dolorosa al pasar por el mundo, sólo encuentra miserias y egoísmos. “Sí, dice Clarín, para Emilio Zola, el hombre es malo en París, es malo en la aldea; basta el amor avariento del terruño para corromperle: lleva consigo su codicia, y en cualquier clase de vida encontrará objeto para ella.” Y luego, citando unas palabras de Alarcón: “El cambiar de postura sólo es cambiar de dolor, agrega, el cambiar de sociedad sólo es cambiar de miseria.”

“Carne de Cañón” podrá ser pesimista; de hecho lo es, pero no con ese pesimismo de Montaigne, que conduce al “qué sé yo.” o bien al egoísta: “qué me importa?”. . . . de este célebre y escéptico filósofo. Los cuadros que el autor nos presenta casi en todo el transcurso de la obra, suelen ser tan admirables e inquietantes como este que parece una visión del Greco, pero siempre en ellos aparece la esperanza. Leed:

“Un lugar de desolación, de esclavitud y muerte. Aquí o acullá, hacinados, los ex-hombres, los despojos humanos, se debaten presa de la malaria. Todos ellos famélicos, llagados, astrosos, canijos.

“También hay algunos ejemplares que ríen... no precisamente de alegría: la vesania es una de las mil formas del paludismo.

“Un vejete con aspecto de ave de rapiña, un verdadero esqueleto forrado en arcos militares, va, viene, da órdenes escuetas a cuyo imperio los capataces se ponen en actividad nerviosa repartiendo golpes a diestro y siniestro.

“En el mar se anuncia algo solemne, pavoroso; habla de eso el aspecto de lagarto de las olas. Dijérase que la misma espuma blanca en todas partes, por voluntad de Dios, tiene reflejos de sangre. “La Sirena Roja está cerca.” La gleba miserable está dispuesta a oírlo: “Si conserváis de humanos, —dice— siquiera sea vuestra desgracia, ¡seguidme! ¡Oh los exangües! ¡Los aherrrojados de la vida...! ¡O, la carne malaria..!

Los que no me aman no son dignos de la vida.

“¡Seguidme!

“Los que nunca hayáis tendido vuestras manos en demanda de mendrugo de pan cuando el hambre os torturaba, venid a mí... estáis iniciados... venid a mí, pues yo guardo la llave de las bodegas de los haítos.

Pero si habéis caído en la degradación de tender la mano... ensayad a derribar tiranos. El movimiento es el mismo.